

Momento de amargas opciones

JOSE RICARDO ELIASCHEV*

El resultado de las elecciones de EE.UU. es importante para nosotros, tanto por lo que como dependencia externa nos afectan sus decisiones políticas y económicas cuanto por lo que como dependencia interna funcionan éstas como modelos para una parte pequeña pero poderosa de nuestro país. El ascenso de Reagan supondría a nivel internacional el recrudescimiento de la tensión Este-Oeste y el endurecimiento de los desarrollados respecto del Tercer Mundo. Referente a América Latina el propio candidato expresó su rechazo a Nicaragua; su hostilidad a Cuba y su apoyo a la política de seguridad (represión) sobre la de desarrollo y derechos humanos. Pero ¿es esto apreciado así por el electorado norteamericano? El presente artículo pone de relieve los presupuestos de la democracia de las urnas en los EE.UU. y el ambiente de la campaña actual. (N. de la R.)

La primera pregunta que, aun cuando aparentemente obvia, debe formularse tercamente si se quiere determinar qué sucede y qué sucederá en este año electoral de los Estados Unidos es: ¿hay, realmente elecciones? ¿Es el sistema político norteamericano una vía adecuada para que la ciudadanía verdídicamente elija el día en que ha sido convocada a elecciones presidenciales y legislativas?

Votar no es obligatorio en los Estados Unidos. El ciudadano debe registrarse para poder emitir su voto y dicha resolución es enteramente individual y voluntaria. Ninguna sanción aguarda al norteamericano que no vota. En este sentido, el sistema político de los Estados Unidos enfatiza el derecho y no el deber. El país político, por consiguiente, es un cuerpo parcial, integrado por aquellos que quieren y pueden participar del sistema. Normalmente, vota la mitad de la población legalmente habilitada para hacerlo. En las últimas elecciones presidenciales de noviembre de 1976, votaron 80.730.792 ciudadanos, o sea casi el 53 por ciento. Jimmy Carter llegó a la Casa Blanca en enero de 1977 luego de haber superado a Gerald Ford por casi 1.7 millones de votos.

En la base de este sistema deben hallarse los supuestos fundamentales de la democracia norteamericana, un conjunto de normas que, aun cuando muy diluídas por las diversas crisis surgidas en los últimos 50 años, siguen empapando de aspectos liberal-individualistas la vida cotidiana de los Estados Unidos. Este hecho nada tiene que ver con la realidad de una sociedad tíbiamente participatoria en sus estruc-

turas políticas y en la cual los medios de comunicación masiva juegan un papel tan exorbitante, como la norteamericana, que se presta de modo casi siempre ideal para la manipulación del gran capital y el conjunto de grupos habitualmente caracterizados como "la clase dirigente", también etiquetados como "intereses especiales", un eufemismo del que gusta la prensa de los Estados Unidos.

También es cierto que la relativa opulencia de la que disfrutaban importantes sectores de la sociedad norteamericana, trabajados por la permanente incitación a la vida individual y reacios a la comunidad, no es un estímulo para la participación que en otras naciones capitalistas se logra mediante la compulsión electoral.

Pero más allá de los supuestos ideales del sistema político norteamericano, no podría comprenderse el *modus operandi* de esta peculiar democracia si no se puntualiza el abrumador peso de las disposiciones constitucionales, legales y políticas que tienen por objeto cercenar y reducir todo lo posible la pluralización de la estructura. Como los ideólogos del sistema vigente lo admiten, la democracia norteamericana es fundamentalmente pragmática. De allí la obsesiva protección al sistema de los dos grandes partidos, un esquema que está escudado en una verdadera montaña de recursos jurídicos, cuya superación es inauditamente difícil para todos aquellos que quieren cuestionar el actual orden de cosas, adelantando terceros o cuartos partidos.

Democracia voluntaria e individualista, por una parte, pero democracia restrictiva y selectiva, por la otra: ambas caras de la realidad política norteamericana son complementarias y tienen concreta determinación histórica; resulta estéril juzgar —por lo tanto— a esta realidad como irrestrictamente democrática o como insanablemente antidemocrática,

aun en el marco de una sociedad apoyada sobre la propiedad privada de los medios de producción.

Ilustración específica sobre los aspectos restrictivos y antidemocráticos de la sociedad norteamericana lo ofrece la candidatura de John Anderson y sus esfuerzos por superar las trabas impuestas en cada uno de los 50 estados a su opción "independiente" de los dos grandes partidos. Anderson logró finalmente ser aprobado en la mayoría de los Estados Unidos, pero cada una de sus luchas parciales para presentar la cantidad de firmas que se le exigían y cumplir con todos los requisitos pendientes fue una prueba práctica de las autodefensas que rodean al esquema político de este país. Con su candidez habitual, los norteamericanos admitieron sin mayor problema que el Partido Demócrata destinase una importante cantidad de dinero para financiar la lucha legal contra la candidatura de Anderson, o sea para pagar los costos jurídicos y periodísticos de dicho esfuerzo.

¿EXISTEN OPCIONES?

En la lucha de los demócratas, y básicamente de la Casa Blanca, por bloquear la candidatura Anderson podría interpretarse un temor a la opción política e ideológica que dicho personaje configuraba. Hablar de una "opción", sin embargo, resulta exagerado en éste como en otros casos, porque uno de los rasgos predominantes de la geografía electoral de los Estados Unidos de 1980 es la evidente homogeneidad de los candidatos a la hora de definirse por los grandes parámetros y las reales alternativas.

A diferencia de las encrucijadas electorales surgidas en otras naciones de Occidente en años recientes (Giscard o Mitterand en Francia, Suárez o González en España e incluso Thatcher o Callag-

* Periodista argentino, corresponsal de "El Diario de Caracas" en los Estados Unidos. Vivió en Caracas a mediados de los años '70; fue profesor de la Escuela de Comunicación Social de la UCV.

han en el Reino Unido), la realidad norteamericana no exhibe divergencias profundas y reales en las estrategias a seguir para hacer frente a la actual coyuntura de la crisis de los Estados Unidos. Ofrece, por supuesto, matices y a veces matices de indudable diversidad, pero nunca en cantidad y calidad suficientes como para ser llamados opciones.

Sin duda, Jimmy Carter y Ronald Reagan encarnan en estos momentos dos ángulos divergentes para juzgar a la realidad. Para los latinoamericanos, por ejemplo, no es lo mismo una Casa Blanca que se esfuerce por dialogar con los sandinistas de Nicaragua y una Casa Blanca que prepare un plan para bloquear a Cuba mediante una cuarentena naval. En ésta como en otras diferencias, sobre todo en lo relacionado con la política internacional, ambas candidaturas son más el producto de concepciones e historias partidarias que la consecuencia mecánica de intereses socio-económicos determinados, como le gustaría a la mayor parte de las interpretaciones marxistas.

Una visión cercana y cotidiana de la vida política norteamericana torna un poco anacrónicas aquellas visiones según las cuales Zbigniew Brzezinski representa a tal o cual sector de la industria armamentista, mientras que Henry Kissinger representa a tal o cual sector del ca-



pital financiero internacional. No son las cosas ni tan sencillas, ni tan mecánicas, y una de las lecciones del último lustro de vida pública estadounidense es que las concepciones y los puntos de vista ideales ejercen mayor influencia de lo que se percibe, por ejemplo, en América Latina.

En un momento de cuestionamientos no resueltos, los norteamericanos parecen aún abiertos a ciertas preguntas. Pese a las declamaciones infundadamente optimistas de alguna extrema derecha, Watergate y Vietnam siguen siendo heridas no cicatrizadas, en la medida en que ambos episodios emergen como lacerantes recordatorios del fracaso nacional e internacional de un sistema o una perspectiva. Vietnam enseñó, por ejemplo, a que los norteamericanos redujeran sensiblemente su omnipotencia geopolítica; Watergate deterioró su arrogancia nacionalista. Los Estados Unidos aguardan, por ello, al año 2000 como el siglo de las posibilidades limitadas, aun cuando sonrían y se exciten íntimamente con frases tan atractivas y mentirosas como aquella pronunciada por el ex presidente Ford en la convención republicana de Detroit, "para los Estados Unidos, lo mejor está todavía por suceder...".

Las opciones que se presentan, por lo tanto, son reducidas e improbables. Claro, son legales las campañas electorales de la izquierda marxista (tres partidos políticos de esa orientación llevan candidatos a la presidencia), pero las posibilidades de una discrepancia profunda lucen como escasas, porque el esquema oficial alienta directamente a los dos grandes partidos, del mismo modo que lo hacen los medios de comunicación, en una inteligente vigorización de aquellas alternativas que mejor encajen en las preferencias de los *decision-makers* (literalmente, sería "aquellos que toman las decisiones"), o sea la clase política, de la que forman parte no sólo los políticos, sino también las Fuerzas Armadas, las grandes corporaciones y la prensa).

Por eso, la supervivencia del régimen político norteamericano puede ser entendida como la exitosa imposición de un sistema bi-partidario que permite la existencia y desarrollo de divergencias ocasionalmente sustantivas, a condición de que ambas colectividades o eventuales terceros no sólo respeten el statu-quo, sino que además se comprometan a esforzarse por su continuada reproducción.

ALGUNAS DIFERENCIAS REALES

A diferencia de 1964 y 1968, resulta visible en 1980 que las divergencias

entre Carter y Reagan son sustanciales en lo relacionado al problema central de la política exterior norteamericana: cómo afrontar la situación derivada del agudo proceso de transformación sufrido por las naciones en desarrollo y la influencia que en ellas ejerce la Unión Soviética. Lyndon B. Johnson demostró en Vietnam que —en definitiva— podía poner en práctica una estrategia bélica muy poco divergente de la pregonada por su derrotado de 1964, Barry Goldwater. Cuatro años más tarde, Hubert H. Humphrey seguía avalando íntegramente la conducta de los Estados Unidos en el sudeste asiático, haciendo nulas sus diferencias profundas con Richard M. Nixon. Pero Johnson y Humphrey, victorioso uno, derrotado el otro, proponían en cambio fórmulas diversas que sus oponentes para el ámbito doméstico.

El populismo de los demócratas de los años 60 era sustancialmente un hijo ideológico del liberalismo en que se nutrió la corriente kennedista. La sorpresa de 1976 es que Carter y su equipo imponen un nuevo liderazgo político y doctrinario al Partido Demócrata, una nueva hegemonía que habrá de eliminar el desafío de Edward M. Kennedy en 1980. Se trata de un populismo de nuevo cuño, mucho más sensible a las variantes del poder, mucho menos comprometido con perezas ideológicas. Es, también, una corriente que arraiga en sectores no tradicionales del partido, al menos en lo que respecta a los blancos del Sur y a clases rurales culturalmente distantes del proletariado industrial, que históricamente ha sido columna decisiva de los demócratas.

Pero en 1980, las divergencias son de característica nueva: mientras las políticas económicas de Reagan y Carter para afrontar el estancamiento del país no difieren sino en matices de énfasis, ritmo y oportunidad, la diplomacia de Carter en cambio procura aperturas nuevas al mundo cambiante que la rodea. Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Zimbabwé, países todos en los que se identifica en los Estados Unidos la amenaza de una creciente influencia soviética, han sido considerados como frentes activos de un conflicto en vigencia, no batallas perdidas de una guerra resuelta. Corea del Sur, Argentina, Bolivia, Taiwan, Indonesia, Sudáfrica, Uruguay, significaron decisiones gravitantes de una Casa Blanca resuelta a aplicar una política de derechos humanos que ofende al conservatismo tradicional y aliena concretamente aliados habitualmente incuestionados de los Estados Unidos. Una Casa Blanca con Reagan como inquilino

implicaría aislar a Nicaragua y acercarse a Guatemala; una nueva Administración Carter implica proseguir cortejando a los sandinistas para ganar influencia en sus decisiones, y tratar de diferenciar a Washington de regímenes militares considerados como violadores de los derechos humanos. No es poca diferencia.

Sin duda, en su primer mandato Carter modificó en la marcha muchas de sus posiciones iniciales, incrementando el hostigamiento a Cuba luego de un comienzo precursor de revolucionarios acercamientos que no se concretaron. Pero hay razones para creer ahora que ello tiene que ver con la impiadosa **real politik** impuesta por la realidad interna de los Estados Unidos, la que reclama un endurecimiento con la URSS ante la acción combinada de una mayor au-

dacia en el cuestionamiento de los republicanos y la propia falta de convicción que distingue al pragmatismo asombroso de Carter y su gente.

Las elecciones presidenciales configuran, por lo tanto, una situación ambivalente, factible de ser interpretada en clave nacional y en clave internacional. En el primero de dichos ámbitos, una Administración Reagan supone aún menor énfasis en las políticas de estímulo y financiamiento federal a los sectores afectados por la crisis económica, mientras que un segundo mandato Carter implica sutiles diferencias dentro de una común filosofía anti-inflacionaria, para la cual no existe otra prioridad que no sea reducir el déficit del presupuesto, pagando el costo social que ello signifique. Además, en un período

1981-1985, Carter tendría menores controles políticos y podría aplicar una estrategia aún más conservadora.

Pero en el cuadro mundial, una Administración Reagan podría marchar hacia un renovado congelamiento de los acuerdos estratégicos con la URSS que ya perdieron prioridad (por ahora) para Carter y, sobre todo, una actitud marcadamente nueva para el Tercer Mundo, con claros acercamientos a los regímenes latinoamericanos tíbiamente hostigados por Carter y un neto distanciamiento de los gobiernos a los que se acercó, con igual timidez, el actual presidente. Como puede verse, el futuro desde enero en adelante luce ambiguo, impredecible y —sobre todo— ominosamente preocupante.

Bolivia: seguridad y cocaína

MIKEL MUNARRIZ

Caracoles es un pequeño pueblo minero del altiplano boliviano. Hasta el primero de agosto creían que lo que las radios les venían diciendo desde el 17 del mes anterior, no podía ser un hecho consumado. Creían que la conciencia y la organización del pueblo, su ya larga experiencia de lucha, reconquistaría lo que en las urnas había afirmado. Como en los demás rincones del país, estaban unidos para defender sus derechos.

En la madrugada de ese día el ejército atacó la aldea minera. Nueve días más tarde, las mujeres, los únicos habitantes que restan, escriben a su Obispo: "... atacaron Caracoles con cañones, morteros, tanques y aviones de guerra, nuestros maridos se defendieron con piedras, palos y algunas cargas de dinamita. Hasta el lunes por la tarde los mineros fueron exterminados y los sobrevivientes huyeron a los cerros o a las casas de los poblados vecinos. Las fuerzas del ejército los persiguieron: a muchos los atravesaron con las bayonetas y a otros los apresaron y los torturaron. También a los heridos los degollaron. A un minero en plena plaza le metieron dinamita en la boca y le hicieron volar en pedazos... Los del ejército parecían fieras salvajes porque estaban drogados y no vacilaron en violarnos y también a las jovencitas y hasta las niñas. A los joven-

citios los hicieron tumbar en el suelo y luego los soldados marcharon encima de ellos. El martes 5 al amanecer han cargado muertos y heridos en camiones. Todavía el viernes traían presos amarrados con alambres. A nosotros nos prohibieron recoger a los muertos. Recién el viernes nos dieron orden para buscarlos, pero sólo encontramos sacones, chompas, pantalones, calzados, etc. empapados en sangre. Algunos fueron echados en una fosa común detrás del cementerio, pero no podemos acercarnos a identificarlos. Hay unos 900 desaparecidos que no sabemos si están muertos o vivos. Otros muchos están presos. También murieron tres señoras con hemorragia a causa de las violaciones..."

Desde esa semana terrible, Caracoles, como todo el resto de Bolivia, sabe en

carne propia la terrible verdad: el gobierno que ellos habían elegido en las urnas no tiene el poder. Lo tiene una junta militar presidida por el General García Meza. Y está dispuesto a afianzarse ahí imponiendo el terror más sangriento y la represión más cruel. No hay sindicatos, no hay asociaciones vecinales ni comunidades cristianas. Toda reunión es subversiva. Hay toque de queda. Una persecución sistemática se extiende persiguiendo a todo boliviano que no colmulge con los militares, a todo el que fué militante en los partidos democráticos, a los sindicalistas, a los agentes de educación popular. Testimonios como el que hemos transcrito se podrían traer muchos, de todas las partes del país, de todas las clases sociales. Porque además de una represión selectiva hay un interés

